

Antología de Cuentos



Imaginando a

LUCILA



Editorial

UNIVERSIDAD DE LA SERENA
CHILE

Imaginando a
LUCILA
Concurso ***Literario***



Copyright © 2025

Edición: Michéle Rouliez Roberts

Diseño y Diagramación Plumisantis

ISBN 978-956-6454-00-7

Editorial Universidad de La Serena



Editorial

UNIVERSIDAD DE LA SERENA
CHILE

ISBN: 978-956-6454-00-7



9 789566 454007

Antología de cuentos



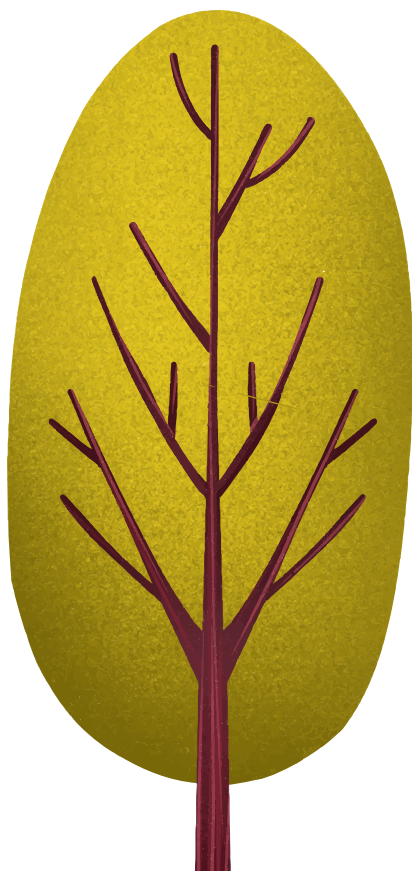


PRESENTACIÓN

Para la Universidad de La Serena constituye un verdadero honor presentar esta publicación que reúne los textos seleccionados en el Concurso Literario “Imaginando a Lucila”. Esta iniciativa, impulsada por la Mesa Ciudadana del Plan Nacional del Libro y la Lectura del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, junto a nuestra Casa Editorial, se enmarca en la conmemoración de los 80 años del Premio Nobel de Literatura otorgado a Gabriela Mistral, la primera voz latinoamericana en recibir tan alto reconocimiento.

El certamen, convocado en junio de 2025, invitó a estudiantes de enseñanza media y universitaria de la Región de Coquimbo a desplegar su creatividad inspirados en la infancia de nuestra insigne poeta. La respuesta fue entusiasta: 26 obras literarias que revelan la sensibilidad, el talento y la capacidad de las y los jóvenes para dialogar con la memoria viva de una de las mujeres más universales de nuestra historia cultural. Como universidad estatal y regional, sentimos un profundo orgullo de aportar a la formación integral de la juventud y de contribuir al fortalecimiento de la identidad cultural de nuestro territorio, donde la figura de Gabriela Mistral permanece como un faro que ilumina la historia, la conciencia y la proyección de Chile en el mundo. Expresamos nuestro sincero agradecimiento a quienes participaron en este concurso, al jurado y a las instituciones que lo hicieron posible. Confiamos en que las páginas de este libro —que recogen los tres cuentos ganadores en ambas categorías (Educación Media y Educación Universitaria)— constituyan un valioso testimonio del vínculo entrañable que une a Gabriela Mistral con las juventudes del presente, y un recordatorio de que la literatura es siempre un espacio fecundo de encuentro, creación y futuro compartido.

Dra. Luperfina Rojas Escobar
Rectora
Universidad de La Serena



PRÓLOGO

En 2025, celebramos un hito extraordinario que resuena con el alma de nuestra tierra: los 80 años del Premio Nobel de Literatura otorgado a Gabriela Mistral. Este reconocimiento no fue solo para ella, sino un faro que iluminó a Chile y al mundo con la fuerza de su palabra. Su legado, arraigado en el Valle de Elqui, nos recuerda que el talento y la pasión por la lectura y la escritura pueden nacer en cualquier rincón, floreciendo incluso en los paisajes más áridos para convertirse en una fuente de inspiración universal.

Este aniversario es más que una conmemoración; es una invitación a la acción. En el marco del Plan Regional de la Lectura, la Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Coquimbo y la Universidad de La Serena hemos unido fuerzas para encender la chispa literaria en los jóvenes de nuestra región. Juntos, hemos creado un espacio donde la imaginación puede volar libremente, un homenaje vivo a nuestra querida Lucila, Imaginando a Lucila. Este concurso literario es una prueba del poder colaborativo entre las instituciones y la comunidad, demostrando que al trabajar unidos, podemos nutrir las mentes creativas que darán forma al futuro.

Los cuentos que encontrarán en esta publicación son el resultado de ese esfuerzo. Son las voces de nuestros jóvenes, de estudiantes de enseñanza media y universitarios, que han tomado el testigo de Mistral. A través de sus relatos, han explorado temas de identidad, pertenencia y esperanza, reflejando las realidades y sueños de la juventud de hoy. Cada página es un testimonio de la riqueza cultural que late en nuestra región, un eco de la voz de Gabriela que nos insta a leer, a escribir y a soñar.

Cedric Steinlen Cuevas

Seremi de las Culturas, las Artes
y el Patrimonio Coquimbo.

Ganadores Categoría Enseñanza Media



Lucila y el susurro del valle

El viento bajaba desde los cerros como murmullo. En Montegrande, todo parecía hablar en secreto: los árboles contaban cuentos, las piedras escondían nombres y el río susurraba versos sin que nadie supiera bien de dónde venían.

Entre esas voces vivía una niña delgada y callada, que escuchaba más de lo que hablaba. Se llamaba Lucila y aún no sabía que, algún día, el mundo la llamaría Gabriela. Tenía el cabello castaño y rebelde, la piel dorada por el sol del valle y una mirada tan profunda como los pozos donde las estrellas se reflejan.

Lucila vivía con su madre y su hermana mayor en una pequeña casa de adobe, pegada a la escuela rural. Desde temprano aprendió que el silencio era compañía y que, si uno prestaba atención, los objetos y los días decían cosas importantes.

Cada mañana, mientras su hermana Emelina enseñaba en la escuelita a los pocos niños del pueblo, Lucila se sentaba en una banca bajo la sombra del níspero con una hoja de papel en el regazo. No escribía todavía, pero sí tenía una gran habilidad para escuchar los sonidos de la naturaleza. Escuchaba cómo la tierra crujía al calentarse, cómo los insectos se saludaban con zumbidos, cómo el viento golpeaba el techo como si buscara entrar.

Una tarde, mientras su hermana corregía dictados y su madre hacía la costura a unas camisas, Lucila desapareció. Nadie se alarmó, sabían que cuando eso pasaba la encontrarían sentada entre los sauces del río.

Pero esta vez fue distinto. Se había ido más lejos, siguiendo una mariposa que estaba volando como si quisiera guiarle el camino. Cruzó una quebrada y subió unas piedras lisas. Y allí, entre

los árboles, se encontró con una cueva baja parecida a un agujero abierto al mundo interior de la montaña. Entró sin miedo, había sombra, frescura y un eco pequeño que repetía todo.

Lucila habló.

-¡¿Hola?!, dijo, y el eco respondió casi cantando.

Y entonces ocurrió: la niña comenzó a recitar los versos que su hermana le había enseñado: las rimas sencillas que copiaba por la mañana y los fragmentos de la Biblia que leía en voz baja. Pero el eco no repetía igual. El eco devolvía las palabras transformadas, más suaves, como si les hubiera quitado el polvo y les hubiera puesto alas.

Desde ese día, Lucila volvió siempre a ese lugar. No se lo dijo a nadie, era su secreto, su primer templo, su primer libro abierto. Porque allí, entre sobras y tierra húmeda, inventaba y escuchaba cómo regresaban sus ideas y palabras hechas música.

Una noche, cuando la lluvia chocaba con el techo, Lucila escribió por primera vez sin copiar. Fue un poema o algo parecido. Hablaba de un pájaro que lloraba en una rama porque el cielo se había quedado dormido. Su madre lo encontró al día siguiente junto a su cama como un papel arrugado sin importancia.

- ¿Quién escribió esto?, preguntó a viva voz.

Lucila no respondió, solo se limitó a mirar el suelo avergonzada. La madre sonrió y guardó el papel en su delantal. A la semana siguiente, Emelina lo mostró en la escuela.

-¡Mi hermanita escribe como si hablara con Dios!, dijo con Orgullo Emelina.

Sin embargo, no todos en la escuela lo vieron así. Incluso, el sacerdote del pueblo, al enterarse que la niña escribía versos “sin haber sido instruida”, dijo que aquello era peligroso: “Hay que cuidar que las niñas no crean que pueden vivir de sueños”, advirtió.

Lucila escuchó esas palabras escondida detrás de la puerta de la iglesia y lloró en silencio. Esa noche no fue a la cueva y durante días no escribió, hasta que llegó el Rocío.

Rocío no era agua ni niebla. Era un perro callejero flaco como la sed y con una mancha blanca en la frente, que había aparecido una fría mañana en el patio de la escuela. Lucila le tendió pan y él se quedó (Lo llamó Rocío porque lo encontró cuando el clima se encontraba húmedo), convirtiéndose en inseparables.

Una tarde de invierno Rocío desapareció. Lucila lo buscó por los campos, los cerros y el río. Nadie lo había visto. Esa noche, volvió a la cueva por primera vez en semanas. Llevaba en las manos una hoja de papel y en los ojos una lágrima antigua.

Se sentó en el suelo, acarició el aire y comenzó a escribir.

**Rocío vino del cielo,
sin collar y sin destino,
me lamió el corazón quieto
y se fue como vino.**

El eco repitió, pero no igual. Lo devolvió como un canto, como una despedida dulce y Lucila sintió que escribir no era solo juntar palabras: era llorar sin hacer ruido, era gritar sin esperar respuesta.

Desde entonces, escribió cada día a escondidas o en voz alta. En los márgenes de los cuadernos, en servilletas, en hojas secas, en

la tierra con un palo. Versos para los pájaros, para su madre, para los niños de la escuela. Versos para Rocío, para su padre ausente, para las niñas que serían maestras y poetas como ella algún día.

Años más tarde, cuando el mundo la llamó Gabriela Mistral y le entregó premios y aplausos, volvió al valle. La cueva seguía allí, más pequeña, más baja. Se sentó adentro, cerró los ojos y escuchó. El eco viejo y fiel aún repetía versos. Solo que esta vez, se los sabía todos de memoria.

Tomás Santana Molina, estudiante de cuarto medio
Colegio Santo Tomás de La Serena



El silencio donde nacen los versos

En el corazón del valle, donde los cerros se adormecen al caer la tarde, nació una niña cuya mirada parecía escuchar lo que el mundo callaba. La llamaron Lucila.

Su hogar era modesto, construido con barro y voluntad, perfumado de eucalipto y leña húmeda. Allí, el silencio no era ausencia, sino compañía.

Su infancia transcurría entre un trozo de un pan recién horneado y eco tenue de una canción que su mamá tarareaba sin pensar. Mujer de manos sabias y alma serena, su madre no solo hilaba lana, también paciencia. El padre, más frágil que constante, desapareció una mañana nublada, dejando atrás una taza sin lavar y una promesa nunca dicha.

Lucila aprendió temprano a conversar con lo que no respondía. Se sentaba junto al pozo inventando historias sobre el agua dormida en su fondo; hablaba con una gallina coja, a la que llamó Magdalena, y aseguraba que los sauces del río tenían acentos distintos según soplara el viento.

No era una niña de correrías ni gritos. Observaba. Pasaba largos ratos contemplando una rama seca o una nube distante, convencida de que cada una escondía un verso que aún no sabía escribir.

Con el tiempo, aprendió a sujetar un lápiz con firmeza. Sus pensamientos, antes errantes, se posaron en hojas escolares, tímidos como aves nuevas. Dibujaba letras como quien cultiva flores: con delicadeza, asombro y fe.

A escondidas, enterraba pequeños papeles bajo una piedra en el jardín, convencida de que allí las palabras germinarían. Decía que algún día crecería un árbol cuyas hojas serían poemas. Su hermana, más realista y mayor, sonreía con dulzura sin arrebatarle la ilusión.

Escribía de todo: del canto del gallo al amanecer, de una niña imaginaria que vivía en las nubes, de los pasos que oía en la escuela o de la tristeza, que llegaba sin avisar y se sentaba a su lado como un gato mudo.

Su cuaderno, cubierto de hilos y cintas que ella misma bordaba, era su único confidente. En él deslizaba palabras que no sabía nombrar como poesía, pero que ya dolían o curaban, según el día.

Los días no eran fáciles. A menudo faltaba el pan y la vida se hacía cuesta arriba. Sin embargo, en lugar de endurecerse, Lucila se llenó de ternura. Aprendió a mirar la pobreza sin vergüenza y a abrazar el dolor sin rendirse. Mientras su hermana tejía y vendía dulces en la feria, ella ofrecía versos que nadie compraba, pero que, de algún modo, sanaban.

No todos comprendían su silencio ni su apego a los libros. Algunos niños la llamaban rara, se burlaban de su soledad y de sus cuadernos llenos de palabras que no podían leer. Una vez, un muchacho le arrancó una hoja y la arrojó al canal. Ella no lloró, pero esa noche escribió con furia, con tinta más oscura, como si el agravio hubiese encendido una hoguera.

Hasta que una maestra - de esas que no enseñan solo con la voz, sino también con los ojos- descubrió un poema suyo escrito al margen de una tarea. Era un canto a los pies descalzos de los niños del valle.

- Tú tienes un fuego Lucila- le dijo con ternura. ¡Cúidalo, no lo prestes ni lo apagues!

Fue la primera vez que alguien la nombraba como si su voz tuviera valor. Desde entonces, Lucila escribió con más claridad, como si en cada palabra tallara un fragmento de sí misma. Empezó a comprender que, aunque vivía en un rincón modesto del mundo, sus pensamientos no tenían fronteras.

Una mañana, al subir el cerro más alto que conocía, extendió los brazos y gritó su nombre al viento. Juró en secreto que algún día sus palabras volarían tan lejos como el cóndor. Nadie la oyó, salvo el valle. Y el valle, como bien sabía Lucila, nunca olvida.

Creció entre el polvo del camino y la luz de los cerros. Aunque todavía vestía harapos y sandalias gastadas, en su interior latía ya la mujer que habría de conmover al mundo. Porque Lucila, la niña que soñaba con palabras, que hablaba con gallinas, sembraba poemas bajo piedras y escribía con rabia y ternura, ya era- sin saberlo- Gabriela Mistral.

Fransheska Rojas Vega, estudiante de tercero medio
Colegio Santo Tomás de La Serena



Lucilita y el secreto del valle

Érase una vez una niña llamada Lucila, que vivía en un pequeño pueblo en Monte Grande, escondido entre cerros verdes, ríos tranquilos y árboles que parecían susurrar al viento. Ella era una niña tranquila, sin amigos; a veces jugaba sola en el huerto de su casa y otras caminaba descalza por el valle. Pero nunca se sentía triste, porque guardaba un secreto: la naturaleza le hablaba.

Solía salir a recorrer las montañas y mientras lo hacía, el viento soplaba suavemente. Lucila escuchaba palabras tenues que flotaban en el aire. Las hojas, al caer, formaban letras invisibles, y las nubes pintaban en el cielo dibujos que sólo ella entendía. Su parte favorita del día era cuando se sentaba bajo algún gran árbol de la colina. Allí, los animales se acercaban como si quisieran conversar con ella.

Lucila cerraba los ojos y sentía que todo el valle era un sueño. A veces veía palabras grabadas en los troncos de los árboles. Otras, los cerros parecían cantarle bajito, solo para ella. Cada noche, al regresar a casa, tomaba un pedacito de papel y escribía todo lo que había visto y escuchado. Aunque nadie más lo sabía, ese fue el comienzo de algo muy especial.

Una tarde soleada, Lucila bajó por la ladera con un poema en el bolsillo. Lo había escrito sentada bajo su árbol favorito, mientras la brisa recorría su cuerpo. Era un poema pequeño, pero para ella significaba el mundo:

**“El árbol me dijo que soñaba,
que quería volar como el zorzal
y que en las puntas de sus ramas
guardaba un nido de cristal”.**

Lucila lo había redactado con el corazón lleno. Sentía que esas palabras no eran solo suyas, sino que el árbol se las había susurrado. Y ahora, con nervios en la panza, quería compartirlo con los niños del barrio.

Cruzó el camino de tierra y llegó hasta donde los niños tiraban piedras al río. Reunió valor y preguntó con voz baja:

—¿Quieren escuchar algo que escribí?

Los niños la miraron extrañados.

—¿Qué escribiste? ¿Una adivinanza? —preguntó uno.

—Es un poema —respondió Lucila, y sacó cuidadosamente el papel arrugado.

Se aclaró la voz y lo leyó con el corazón latiendo fuerte. Cuando terminó, los miró en silencio, esperando una sonrisa. Pero no fue así.

—Eso no es verdad —dijo una niña—. Los árboles no pueden soñar.

—Mi papá dice que el zorzal no hace nidos de cristal —agregó otro niño, burlándose—. ¡Eso es mentira!

Algunos se rieron y otros imitaron su voz con burla. Lucila sintió un vacío en el pecho, como si el viento se hubiera detenido. Guardó el papel lentamente y se marchó sin pronunciar palabra.

Esa noche no escribió nada. Frente a su cuaderno, con los ojos llorosos, se prometió a sí misma que jamás volvería a escribir un poema. Si nadie podía entender lo que ella sentía, ¿para qué intentarlo?

Pasaron muchos días. El viento seguía soplando entre los árboles, pero Lucila ya no lo escuchaba igual. Intentaba distraerse ayudando en casa, pero algo dentro de ella había cambiado, como si se hubiera apagado una pequeña luz.

Hasta que una tarde decidió salir a caminar por el valle. No buscaba nada en especial, solo necesitaba respirar. Caminó hasta la colina donde estaba su árbol favorito, se sentó bajo su sombra y entonces escuchó algo.

Una suave criatura bajó desde una rama. Era un pajarito pequeño, de plumaje dorado y ojos valientes. Saltó cerca de ella y se posó en su hombro. Lucila sonrió levemente.

—¿Tú también tienes algo que decirme? —susurró.

El pajarito inclinó la cabeza y, acercándose a su oído, le cantó una pequeña melodía. Lucila sintió cómo su corazón se ablandaba y, con una ramita, escribió sobre la tierra:

**“Si nadie entiende lo que ves,
no es que estés equivocada.
A veces, las cosas más bonitas
son solo visibles para las almas más puras”.**

Desde ese día volvió a escribir. No para que los demás lo entendieran, sino porque su corazón lo necesitaba.

Lucila aprendió que quien escucha con el alma puede descubrir maravillas que otros no ven, y que no hay que dejar de crear solo porque los demás no comprendan. La magia más verdadera vive en quienes se atreven a imaginar.

Mathilda Langer Díaz, estudiante de tercero medio
Colegio Santo Tomás de La Serena



Ganadores Categoría Enseñanza Universitaria



Pequeñas Manos

Miraba sus pequeñas manos; las mismas que, siendo buena pediguña utilizaba para pedirle cosas a su hermana mayor, y las que siempre se mantenían en contacto entre cuadernos y lápices, fuente de tanta emoción. Lucila estaba sentada en el piso afuera de su casa.

Mientras contemplaba el vasto y azulado cielo que se desplegaba ante sus ojos, el calor abrasador propio de Montegrande parecía convertir las viviendas en hornos de adobe que sacaba a las personas de sus casas. Lucila, sin embargo, deseaba detener el tiempo para no tener que ir a la escuela donde enseñaba su hermana.

Iba por obligación y con mucho pesar pensaba en cuánto le entristecía que los profesores la reprendieran por no responder en clase cuando le hacían preguntas, incluso lloraba cada vez que recordaba cuando la acusaron de haber robado injustamente. Pero lo peor venía en el recreo, cuando veía de lejos a sus compañeros jugar a la ronda, mientras ella permanecía sola mirando sus pequeñas manos entrelazadas, deseando que alguno de ellos se acercara y le dijera:

“Lucila, dame la mano, vamos a jugar”.

En su mundo interior, todo era distinto: danzaba como una espiga, y aquellas amigas que solo existían en su imaginación se convertían en princesas y reinas.

Sin embargo, por más sombríos que fuesen esos sentimientos, quedaban opacados por su vocación. Ella quería ser maestra... no una que reprendiera a los estudiantes por no hablar, sino una que les brindara la confianza para hacerlo, que les enseñara tanto en el aula como en el patio.

Aunque las horas de clases se hacían eternas y pasaban lentas como si fueran un caracol, el camino de regreso era una aventura teñida de verde: los árboles enormes, con sus tallos tan maternos como el abrazo de su madre, y el canto del río, sereno e imperturbable.

Adoraba escuchar el río correr, con su cauce impasible y tranquilidad envidiable. Le gustaba cuando en primavera las flores volvían a tener vida y los pastizales eran un perfume de pasto y tierra húmeda. Con sus pequeños pies recorría cerros y valles, observando las nubes y soñando que sus anhelos pudieran elevarse tanto como ellas...y ser escuchados por Dios.

Una cosa le quitaba el sueño en las noches: la ausencia constante de su padre, dolor desgarrador que afrontó a la tierna edad de 3 años. Le dolía el corazón pensar él, y ese pesar solo se iba cuando pensaba en el abrazo acogedor de su madre.

En una de esas frías y extrañas noches de invierno, su corazón se ponía calentito cuando pensaba en su futuro; sin saberlo, lo que le esperaba sería mucho. Se veía enseñando a los niños en su escuela a ser humanos y guiándolos para que no callaran como ella, animándolos a desplegar sus alas tanto como su imaginación se los permitiera.

Pensamientos tristes invadían su noche de reflexión: pensaba en los niños de su edad que podrían estar sufriendo aún más frío del que ella sentía. Pero recordaba el amor reconfortante de su madre, incluso su hermana, y deseaba transmitir ese calor a los demás, especialmente a aquellos que sufren de ese dolor que solo provoca la ausencia de cariño y la falta de esperanza. Deseaba ser tan cálida y cercana para sus alumnos como lo era el abrazo de su mamá para ella.

Lo último que vio antes de quedarse dormida aquella noche, fueron sus pequeñas manos; aún torpes para realizar ciertas cosas, pero cargadas de gran potencial. Sabía que serían portadoras de ese calor anhelado entregado a niños, adultos y ancianos, a través de la poesía que nacería de su infancia y tomaría forma en su adultez. Así nacería un legado inconmensurable para la región de Coquimbo, Chile...y el mundo, sostenido por las pequeñas manos de la soñadora Lucila.

Martina Díaz Muñoz, estudiante Universidad de La Serena



Del Valle a Lucila

En el Valle de Elqui, entre montañas que besaban el cielo, nació Lucila. Fue un siete de abril cuando su madre, Petronila, dio a luz a la pequeña niña. En ese instante eterno, las montañas cantaron ecos como campanas de iglesia a la hora de la misa. Los ríos callaron su murmullo de piedras para escuchar su llanto y las higueras, cual comadres, tejieron una canción de hojas verdes frente a su ventana.

—¡Shhh, pequeña! —susurraban las hojas—. Cuidaremos tus pequeños piecitos de niña de los vientos helados de abril. Hoy, mañana y siempre te cuidaremos —prometieron las higueras.

Lucila creció descalza y manchada de tierra, corriendo por los senderos de Montegrande. Perseguía al chucao en los danzantes cielos: el pájaro de pecho rojo como brasa, cuyas alas la invitaban al baile.

Por las tardes, ayudaba a su madre a coser. Mientras los dedos cansados de Petronila zurcían con destreza y gran delicadeza los vestidos.

Lucila ayudaba iluminando la falda de su madre con sonrisas. Junto a su hermana, inventaban canciones sentadas en el umbral de barro de su casa. Creaban y creaban, hasta que el viento, que por ahí pasaba, se llevaba consigo un verso.

—¡El río canta versos de espuma!

—¡Y la luna teje canciones de plata!.

Así nacían cantos aún no escritos, mientras el valle entero las escuchaba.

Cuando el sol caía, su padre recitaba poemas. Ese poeta ausente, que rimaba sin presencia, llenaba la casa de historias sobre estrellas viajeras y vientos mensajeros. Lucila atrapaba aquellas palabras como luciérnagas en un frasco.

Pero el invierno nunca es cálido. El valle trajo sombras a su morada: El padre se marchó para siempre, dejando versos en ausencia, cuidados por la madre. En las noches frías, ella abrazaba a Lucila.

—Yo seré tu arrullo — le susurraba, secando las lágrimas de su pequeña en brazos.

Según decían las llamas que pastaban por los cerros, Lucila extrañó a su padre; incluso comentaban, entre resoplidos, que lo lloró y que fue al río a confiarle sus penas. Este, bondadoso, le respondió:

—Querida niña, pon tus pies en mis aguas. Yo me llevaré tu tristeza.

Y así lo hizo: sumergió, uno a uno, sus pies en el río, y como por arte de magia, cada vez que la pena volvía, recordaba los abrazos cálidos de su madre y hermana, dejando su pena de lado.

Lucila aprendió a leer con ojos de madre, a escribir en los surcos de tierra con las sílabas del hambre. Su hermana le enseñaba el mundo en el que viviría, un mundo en el que ella sabría transformar la pena en ecos de alegría. Juntaba las palabras como quien recoge trigo en la era; las guardaba en su corazón, descubriendo que la lengua y la escritura eran su refugio bendito, un brasero caliente que derretía los fríos.

Así nació Gabriela, niña eterna del viento y de la tierra. Aunque sus raíces estaban en el valle, su espíritu libre migró con las aves. Cruzó los mares del mundo, pero siempre llevó consigo a la niña que aprendió a dar su amor como pan compartido y beso entregado.

En cada poema que escribía entregaba su corazón. La niña, nacida entre los ecos de montañas regaló su canto y sus letras a quienes quisieran escuchar.

Gabriela Mistral: fuiste del valle, pero te volviste horizonte. Tus palabras son semillas de eternidad que dan consuelo a los niños del mundo.

Fabián Alfaro Carvajal, estudiante Universidad de La Serena



La Vicuña de Gabriela

Desde lo más profundo del Valle del Elqui, donde se cruzaban más de cien montañas, se contaba que danzaba una pequeña vicuña. En sus grandes ojos se reflejaba una luz especial: con solo sentir el viento, contemplar la vendimia o el sol abrasador, parecía vibrar con la vida.

Ella vivía apartada entre los montes, al pie de una montaña tan imponente como ella diminuta, junto a un río cristalino donde transcurrían la mayoría de sus días. Era feliz, pensativa y risueña, pero en su corazón guardaba una tristeza profunda: su padre se había marchado para no regresar. Pese a todo, era capaz de consolarse estando en la naturaleza: en el canto de los pichones, el ir y venir vigilante de las hormigas, y la fruta que iba madurando. En ese entorno vivía serena tranquilidad.

Una mañana apacible, una niña curiosa apareció corriendo: tenía en los ojos un brillo muy similar al de la vicuña. Lucila- a quien sus vecinos cariñosamente llamaban "Luci"— la vio junto al río, donde observaba su propio reflejo.

—¿Qué estás viendo, pequeña Vicuña?—preguntó Luci muy atenta.

—¡¿Pequeña?! ¿Qué te hace pensar eso? —respondió la vicuña, sin ser consciente de que era un poco más grande que Luci.

—¡Tu estatura! —rió Luci.

—No, no, eso no es lo que nos hace grandes —dijo la vicuña, sacudiendo el hocico.

Intrigada, Luci, insitió:

—¿Qué es entonces lo que nos hace grandes?

—¿Ves tu reflejo en este río? —preguntó la vicuña—. Aunque la corriente lo arrastre, no lo borra. ¿Por qué crees que ocurre eso?

—Por qué no estamos en el agua —respondió Luci.

La Vicuña sacudió el hocico nuevamente.

—Porque no nos movemos —arriesgó Luci con curiosidad.

La vicuña sacudió el hocico una vez más...Luci quedó pensativa, intrigada, pero el crepúsculo se acercaba y era tarde para seguir conversando. Con entusiasmo, Luci se despidió con la promesa de volver al día siguiente.

Esa noche le contó todo a su madre y a su hermana, quienes, inquietas, aseguraron no haber visto nunca a la vicuña. Aún así, Luci se quedó reflexionando en voz baja, hasta muy tarde, dando vueltas a las preguntas y acertijos que la criatura le había hecho.

El día siguiente llegó mucho más temprano al río, pero la vicuña no estaba allí. Luci la llamó a viva voz y después de un rato la encontró mirando al cielo, cerca de unos árboles:

—¿Qué estás viendo? —preguntó Luci, con una gran sonrisa y un tono juguetón.

—Los sueños —murmuró la vicuña, serena.

—¡¿Sueños?! ¿Qué sueños?

—¿Ves las formas de las nubes? – contestó- Esos son los sueños.

Luci alzó la vista y solo vio nubes.

—Creo que te equivocas querida vicuña. ¡esas son sólo nubes! —dijo Luci apuntando al cielo.

—No me equivoco —respondió la vicuña, sacudiendo el hocico—. Si prestas atención, en esas figuras se van creando bellos sueños.

—Pero... —dudó Luci—. ¿De dónde vienen esos sueños?

—Proviene de una fuente inmensa, con caminos infinitos y de muchas direcciones.

—¿Como la corriente del río? —respondió Luci, entusiasmada.

—Muy parecido... —susurró la vicuña, con cierta inquietud mientras contemplaba una nube.

—¿Y qué ves en tus sueños, querida vicuña? —preguntó Luci pensativa.

—A mi padre, a quien ahora sólo puedo ver en mis sueños... —respondió la vicuña, casi entre lágrimas.

La dulce Lucila sintió una pena profunda en su corazón: su padre también se había marchado hace poco tiempo. Instintivamente la abrazó, y juntas lloraron a la luz de un cielo despejado.

Después de un tiempo, Lucila le dijo:

—Creo que lo entiendo un poco más, querida Vicuña, se trata de ver el río, pero no dejarse arrastrar por la corriente, seguir viendo el cielo y no dejar de soñar.

La Vicuña, que intentaba contener el llanto, respondió:

—Así es, mi querida niña... porque ser grande no consta en la altura, sino en la presencia y en la huella que dejas en este turbulento río llamado vida, en los sueños que te propones, bajo cielos despejados o nublados.

Niña y vicuña se despidieron al cobijo de unos los álamos, que, mecidos por el viento y acompañados por el canto de los pájaros, crearon una hermosa melodía. Quedaron en verse allí nuevamente el próximo día.

Esa noche Luci regresó a su casa justo antes del anochecer. Les contó a su madre y hermana lo vivido; sin poder creerlo, esa noche no fueron capaces de contener las lágrimas.

Al día siguiente, Luci buscó a la vicuña como de costumbre, aunque esta vez resultó más difícil hallarla. Luci, como era muy observadora y perspicaz, la vio desde la cima de un cerro bajo. Riendo, subió hasta “la punta del cerro” para hablar con ella por última vez, sin saber aún que esa sería la despedida.

—¿Estás bien? —dijo Luci, cansada, pero preocupada por su amiga la vicuña.

—Estoy bien —contestó la vicuña—. Solo quería apreciar las vistas una última vez.

—¿iQué!? ¿Acaso planeas marcharte como mi padre?

—dijo casi al borde de las lágrimas, entre dientes.

—¡Por supuesto que no! —respondió la vicuña, tratando de tranquilizarla—. Me he dado cuenta, contemplando a la sabia naturaleza, que aún me queda mucho por aprender allá afuera, en el vasto mundo. Así como tú me has enseñando tanto a mí, querida niña.

Lucila, conmovida, no comprendía del todo pero amaba profundamente a su amiga. Contuvo las lágrimas para no entristecerla.

—Querida niña —dijo la vicuña con voz triste—, solo puedo desearte el bien, y en lo alto de esta montaña que puedas aprender a enseñar a tantos como aprendas a querer. Como se aprende a amar el valle, los ríos, el cielo...así como ama una madre o un padre.

Vicuña y Lucila se marcharon llevando sus lágrimas por distintos caminos, crecieron ambas en distintos sentidos, y el mismo tiempo estuvo de testigo cómo Lucila enseñó sobre cielos, cerros y ríos: la más grande lección de su eterna amiga.

Dicen que Lucila nunca olvidó a la vicuña, y que aún hoy una pequeña silueta continúa danzando por el Valle del Elqui, recordando a su escritora preferida: Gabriela Mistral.

Luis Andrés Vicencio Morales, estudiante Universidad de La Serena



Imaginando a **LUCILA**

Concurso **Literario**

En 2025 celebramos los 80 años del Premio Nobel de Literatura otorgado a Gabriela Mistral, un hito que trascendió fronteras y que sigue iluminando con la fuerza de su palabra. Desde el Valle de Elqui hacia el mundo, su legado nos recuerda que la lectura y la escritura pueden florecer incluso en los paisajes más áridos, transformándose en inspiración universal.

Este libro nace de esa herencia y de la convicción compartida por la Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Coquimbo y la Universidad de La Serena: abrir caminos para que nuevas voces se escuchen. Así surge Imaginando a Lucila, un concurso literario que invita a los jóvenes a escribir y a soñar.

Los relatos aquí reunidos son la expresión de estudiantes de enseñanza media y universitaria que, con su imaginación, toman el testigo de Mistral. Sus páginas reflejan identidad, pertenencia y esperanza, mostrando la vitalidad cultural de nuestra región y el eco vivo de Gabriela que aún nos inspira a leer, escribir y crear.